

# Fumarse un «whisky»

PEDRO J. DE LA PEÑA —

**L**A prudencia es la reina de las decisiones de todos los poderes públicos. Los ciudadanos estamos obligados —queramos o no— a medicarnos con prudencia (y siempre bajo control médico), a fumar con prudencia (y nunca en lugares públicos), a beber con prudencia (evitando conducir acto seguido) y a escribir con prudencia (si tenemos temor de Dios y de los tribunales).

Sería imprudente criticar tanta prudencia y antes debiera secarse la pluma en nuestra mano e incluso la mano misma, como higuera maldita, que lanzar un rugido de salvaje libertad tan condenado al fracaso como un Tarzán de los monos en un calle de Broadway. Al imprudente que eso hiciera, la prudencia lo maniataría, al momento, con camisa de fuerza.

La sana diversión de los excursionistas contando chistes de bomberos o la agradable tertulia con alguno de los infinitos programas en donde se reúnen, para que les escuchemos, los pocos grandes hombres de nuestro país, son un sustituto al loco frenesí que se apodera de nosotros en cuanto cambia el clima o se nos viene un año más encima.

Escuchar y ver, sin actuar apenas, es la ocupación con la que deliberadamente amortiguamos impaciencias siniestras, terribles ansiedades que, como manadas de búfalos americanos, hacen temblar las verdes praderas que hollan con sus pezuñas pestilentes.

No seamos búfalos, pues, y tengamos siempre preparado un desodorante para nuestras pestilentes pezuñas. Eso —y respetar las verdes pradera— es, sin duda, lo prudente.

Lástima que la prudencia haya sido definida como una solterona aburrida y malcarada, próxima a la cirrosis de vinagre de los que no beben vino. Porque ella y la templanza son las únicas virtudes que le quedan a aquella vieja mesa de cuatro patas, junto a la justicia y la fortaleza, que se llamaron virtudes cardinales.

Pero los poéticos tiempos de Rimbaud, cuando escribía el «Barco borracho» o «La estación en el infierno» son perjudiciales para la salud, la producción y la convivencia ciudadana. Y, ante ese dilema, dejemos que Rimbaud se quede una estación más en el infierno, borracho como un barco, mientras paseamos nosotros la más alucinante lucidez del pensamiento diáfano.

La elección obligada de todo el que quiera ser buen ejemplo de jóvenes generaciones, alegre gimnasta y comedor vegetariano no consiste tan sólo en votar en las urnas cada seis meses y escuchar en la televisión por quién debemos hacerlo durante todo el intermedio entre una votación y la siguiente, sino en reducir la intemperancia de nuestros execrables vicios al cincuenta por ciento.

Consiguientemente, está fuera de lugar cualquier cana al aire fuera de los plazos establecidos (de viernes noche a domingo por la mañana), como que la juega establecida invada los pulmones ajenos, motive disgustos entre los que duermen o aparque el coche en doble fila.

Una juega reglamentada es, apenas, la mitad de una juega. Y si, encima, se hace en el incomparable marco en el que todos se divierten, se convierte en un tercio de la mitad de lo que hubiese sido espontáneamente y por nuestra cuenta.

Reconozcámoslo humildemente: nuestros vicios ocultos han contraído la enfermedad de la prudencia, que es como un foco inte-



*Casi todo está reglamentado*

rior o exterior que los alumbraba para todos, incluidos nosotros mismos. Y ese foco se llama desde «control de alcoholemia» a «prohibido fumar en este taxi».

Para huir de esa tenaz persecución contra la fiesta y los festeros, no hay otro remedio que despistar a la autoridad con equívocas acciones y maniobras de distracción: fumarse los «whiskies», beberse los «Winston», sorberse los porros, inyectarse las cigalas...

Todo, queridos amigos, menos ser imprudentes. Porque en los tiempos de penuria que corremos, además de la reprobación universal, una imprudencia puede costarnos hasta 50.000 pesetas por gota detectada.

Hoyá  
del  
lens  
2  
10  
1989